

PRESENTACIÓN

Este es el último libro del destacado historiador cubano Jorge R. Ibarra Cuesta. Es uno de sus postreros aportes a la historiografía, de los tantos que hizo a lo largo de su fructífera vida intelectual. A diferencia de la mayor parte de su producción, consagrada a la historia nacional, en este texto, como indica el título, *Simón Bolívar, entre Escila y Caribdis*, no aborda un tema cubano, sino de la atribulada historia latinoamericana. En particular, trata del restablecimiento de la verdad histórica sobre dos aspectos polémicos relacionados con su vida revolucionaria, por lo que bien pudiera llamarse también *Vindicación del Libertador*.

El primero de los historiadores cubanos, como algunos calificamos a Jorge Ibarra, falleció en La Habana el 7 de junio de 2017, cuando contaba con 85 años de edad. Era miembro de honor de la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y de Número de la Academia de la Historia de Cuba. Había recibido importantes distinciones y condecoraciones, entre ellas el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas y el Premio Nacional de Historia.

Fue dirigente estudiantil universitario en su natal Santiago de Cuba, donde resultó electo en 1953 presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) en la Uni-

versidad de Oriente. Sobresalió como valeroso luchador contra la dictadura de Fulgencio Batista en los años cincuenta del pasado siglo. Obligado a exiliarse en Costa Rica, Estados Unidos y México, entre 1956 y 1958, se entrenó en tierras veracruzanas para volver a Cuba en una malograda expedición que le permitiera incorporarse a la lucha armada en la Sierra Maestra.

Tras el triunfo de la Revolución Cubana, y graduado de abogado, laboró en el Consejo Nacional de Cultura y en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. También trabajó en la Televisión, la Academia de Ciencias, el Instituto de Historia y se desempeñó como profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana. Realizó una valiosa obra historiográfica, caracterizada por su carácter renovador, rigor metodológico y profundidad analítica, que comenzó en los años sesenta con el muy conocido *Manual de Historia de Cuba* de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Obtuvo el grado científico de Doctor en Ciencias Históricas.

Fue activo miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), donde encabezó durante muchos años su Sección de Historia. Participó en varios congresos internacionales de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y fue escogido en el selecto grupo creado por el Consejo de Estado de la República de Cuba para la refundación, en 2010, de la nueva Academia de la Historia de Cuba.

Entre sus obras deben mencionarse: *Ideología mambisa* (1967); *Aproximaciones a Clío* (1979); *Nación y cultura nacional* (1981); *Un análisis sicosocial del cubano: 1898-1925*

(1985); *Cuba: 1898-1921, partidos políticos y clases sociales* (1993); *Cuba: 1898-1958, estructuras y procesos sociales* (1996); *Máximo Gómez contra el Imperio* (2000); *Varela, el precursor. Un estudio de época* (2004); *Patria, etnia y nación* (2007); *Marx y los historiadores ante la hacienda y la plantación esclavista* (2008); *Encrucijadas de la guerra prolongada* (2012) y *De súbitos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispano (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*, en tres tomos, editados en República Dominicana entre 2012 y 2015. En el 2009 se le dedicó la Feria Internacional de Libro en Cuba, ocasión en que algunas de sus obras fueron reeditadas.

La historia de este libro, *Simón Bolívar, entre Escila y Caribdis*, que presentamos a los lectores gracias a la generosidad de Ana Riverón, viuda de Jorge Ibarra, tiene algo que ver conmigo. Hace poco más de dos años, tras una inesperada llamada telefónica, Ibarra se me apareció en mi casa, portando en la mano un manoseado ejemplar de una obra recién publicada en España que lo había sacado de sus casillas. Se trataba de *La guerra a muerte. Bolívar y la campaña admirable, (1813-1814)*, elaborado por el historiador canario Manuel Hernández González a quien hacía poco tiempo el propio Jorge había elogiado en la Academia de la Historia de Cuba por su producción anterior. Se sentía defraudado y ansiaba, de algún modo, manifestar su inconformidad y distanciarse de aquel autor que ahora optaba, en forma muy oportunista, por abandonar el rigor histórico para atacar sin contemplaciones la figura de Simón Bolívar, con el evidente propósito de erosionar uno de los pilares ideológicos de la Revolución Bolivariana en Venezuela, sustentada en el legado del Libertador.

Las noticias de que era portador Ibarra esa mañana no fueron una sorpresa, pues estaba al tanto por la prensa española de las “novedosas” tesis esgrimidas por el historiador canario de marras. Los complacidos medios de difusión hispanos habían hecho eco de sus espectaculares “revelaciones” sobre Bolívar, que les venían como anillo al dedo para continuar satanizando todo lo que tuviera que ver con Venezuela. Tan indignado como Ibarra por esta novedad historiográfica se encontraba este prologuista, que ya había bajado de internet algunos de esos artículos con la intención de refutarlos.

En particular, le mostré a Jorge la entrevista titulada “Hernández descubre el perfil cruel de un Bolívar represor”, publicado en un conocido diario español el 8 de abril del 2015, y que se sumaba a la sucia campaña de hostilidad a la Revolución Bolivariana desatada en España desde el mismo inicio de la llegada al poder de Hugo Chávez en 1999. En esa entrevista, el autor canario llegaba al extremo de acusar a Bolívar de impulsar en Venezuela una verdadera “limpieza étnica”, que en su criterio acabó con un tercio de la población venezolana y dejó como secuela la fracturación del país. Según el periodista que lo entrevistó, el historiador aludido afirmaba que

“Los canarios se convirtieron así en el blanco de la represión que Simón Bolívar aplicó al regreso de un exilio al que lo envió el capitán realista Domingo Monteverde, de origen canario, tras la reconquista española.

Precisamente, el autor cuestiona el carácter de “maldito” que siempre ha acompañado a esta figura, a quien algunos historiadores consideran el causante directo de la repre-

sión y señalan como responsable del origen del decreto que derivó en las ejecuciones.

“Esto es rotundamente falso. En la época de Gobierno de Monteverde hubo encarcelamientos, pero nunca una represión sistemática ni fusilamientos”, señala el investigador.

Manuel Hernández sostiene que la “limpieza étnica” que desató Bolívar acabó con la vida de “un tercio de la población venezolana”, en su mayoría inmigrantes, cuando “ni españoles ni canarios eran sus enemigos”.

Tras la lectura de esta sesgada entrevista publicitada en la prensa española, Jorge Ibarra, cada vez más inconforme y disgustado, tomó la decisión de que esas mal intencionadas interpretaciones históricas y los calificativos injuriosos no podían quedar sin respuesta, responsabilidad que decidió asumir, a pesar de que debía dejar por el momento otros temas de investigación que le apasionaban. Aprovechando su visita a mi casa, que por cierto se extendió por varias horas y de donde se marchó a pie a la suya, distante varios kilómetros, comenzamos a buscar información entre mis libros y en internet.

A partir de ese instante, Ibarra se consagró a indagar en los temas “destapados” por el historiador canario mediante una acuciosa investigación en archivos y bibliotecas cubanas que continuó en Estados Unidos, país donde en su juventud había cursado la enseñanza secundaria en la Williston Academy e iniciado estudios universitarios en Economía en la Universidad de Pensilvania. Incluso, en los primeros días de septiembre de 2015, la ADHILAC organizó en La Habana un evento internacional por el bicentenario de la

Carta de Jamaica de Simón Bolívar, que Ibarra aprovechó para relacionarse con los historiadores venezolanos presentes y hacerles diversas consultas y solicitarles bibliografía.

En las páginas que siguen a continuación, los lectores encontrarán los resultados del esfuerzo intelectual y las conclusiones a las que llegó Jorge Ibarra en sus enjundiosas pesquisas historiográficas, siguiendo la máxima con la que cierra el epígrafe II de esta obra: “Los historiadores no pueden depender de los sentimientos, sino, ante todo, de la razón para reconstruir el pasado”. En este libro, dirigido a los calumniadores de Bolívar, publicado por interés de la Universidad del Magdalena y gracias al particular apoyo del doctor Jorge Elías Caro, Ibarra hace gala, en su contundente argumentación, de sus brillantes dotes de polemista y de erudito historiador. Con *Simón Bolívar, entre Escila y Caribdis* logra esclarecer la verdad histórica y desmontar todas las falacias tejidas por los enemigos del Libertador, antiguos y nuevos, en torno al arresto de Francisco de Miranda en 1812 y el decreto de Guerra a Muerte de 1813, refrendado por Bolívar durante la Campaña Admirable que le permitió el establecimiento de la II República de Venezuela.

La tergiversación de la historia del Libertador, iniciada por los escritores realistas en los mismos años de la emancipación y desarrollada después por historiadores como el gallego Salvador de Madariaga –y ahora relanzada por el autor canario mencionado-, dirigida a enlodar la figura de Bolívar y menoscabar su trascendencia histórica, sigue empantanada en viejos clichés. En última instancia, nos revela que a casi dos siglos de culminada nuestra gesta de liberación, todavía los enemigos del Libertador no le perdonan su extraordinaria estatura de jefe militar y de estadista, que

le permitió aniquilar al imperio colonial español, promoviendo la integración continental y la abolición de la esclavitud, convencido, como más tarde lo estaría también José Martí, de que la independencia no era sólo un cambio de formas, sino también de espíritu.

Sergio Guerra Vilaboy

Presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC)

INTRODUCCIÓN

Simón Bolívar debió navegar entre las aguas procelosas y traicioneras de los primeros años de la gesta independentista como el héroe mítico Ulises lo hizo entre los monstruos marinos Escila y Caribdis. Las decisiones que tomó para enfrentar las difíciles y complicadas situaciones que se presentaron en los inciertos inicios de sus luchas por la independencia americana, suscitaron distintas versiones historiográficas sesgadas de su proceder. Al Libertador se le ha atribuido la prisión y entrega a los españoles del precursor de la independencia de Venezuela, Francisco de Miranda, y el inicio de la política de Guerra a Muerte sin otro motivo que una presunta crueldad o espíritu genocida.

Ya desde la década de 1950, el narrador español Salvador de Madariaga intentó demostrar que Miranda había sido entregado a los españoles por el Libertador venezolano. De manera parecida le atribuyó al “*pathos* trágico”, y a una tendencia al exterminio, la decisión de iniciar la Guerra a Muerte (Madariaga, 1951). Los argumentos de Madariaga fueron criticados por el estudioso venezolano Rodolfo A. Auvvert (1964). Al año siguiente de la edición del libro de Madariaga, el escritor colombiano Germán Arciniegas, en una carta al editor de la publicación periódica *The Diplomat*, Joseph F. Thorneyer, aseveraba que “la entrega de Miranda por Bolívar es cosa bien establecida para admitir

discusión” (Arciniegas, citado en Lecuna, 1952). Las imputaciones de Arciniegas dieron lugar a una fundamentada respuesta del historiador de la vida y obra del Libertador, Vicente Lecuna¹.

La publicación de una biografía de Bolívar por Arciniegas en 1985 incitó diversas reseñas críticas de historiadores, que aparecieron en tres números del boletín de la Academia de la Historia de Venezuela². Entre los señalamientos a la obra de Arciniegas se destacaba el que hubiese descrito a Bolívar como un caudillo guerrerrista, carente de ideología. Se le criticaba también al historiador haber apelado a viejos resentimientos santanderistas contra Bolívar para dividir a los venezolanos y colombianos en el presente. A los efectos de destacar aún más el carácter tendencioso de los juicios de Arciniegas, se le comparaba con el historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre, que había enjuiciado desapasionadamente la personalidad del ilustre caraqueño. Se le recordaba, por último a Arciniegas, que años atrás había tratado de culpar a Bolívar con la entrega de Miranda a los españoles.

1. De acuerdo con los testimonios aportados por Lecuna, tan pronto Bolívar supo que el jefe militar venezolano de la plaza de La Guira, Coronel Manuel María de las Casas, se subordinó al mando español, rompió con éste y concibió un proyecto de resistencia militar contra el ejército enemigo. Cuando se percató de que no encontraba seguidores entre sus compañeros, decidió pasar a la clandestinidad, por lo que no tuvo que ver con la entrega de Miranda por Casas a los españoles. De acuerdo con Lecuna, el solo hecho de culpar a Bolívar de haber entregado a Miranda constituía una “infame calumnia”. (Vicente Lecuna “La calumnia de la entrega de Miranda por Bolívar”, *Boletín Academia Nacional de la Historia*, Tomo XXXV, 1952, 388 – 390).

2. *Boletín Academia Nacional de la Historia*, T LXVIII, Caracas, enero-marzo, 1985; *Boletín Academia Nacional de la Historia*.T LXVIII, Caracas, julio-septiembre, 1985 y *Boletín Academia Nacional de la Historia*, T LXIX, Caracas, abril - junio, 1986.

Una nueva promoción de historiadores parece haber descubierto los argumentos con los que se pretendió cuestionar la integridad del Libertador en la década de 1950. La nueva promoción de historiadores hostiles al prócer caraqueño hizo acto de presencia con el cambio de época que comenzó a gestarse en Venezuela durante la década de 1990. Las críticas no van encaminadas a mostrar que Bolívar pudo haberse equivocado con la decisión de repudiar la capitulación de Miranda y proceder a su detención o de iniciar la Guerra a Muerte, sino que se trata de poner en entredicho su rectitud y probidad moral.

Algunos historiadores hispanoamericanos han reiterado las antiguas imputaciones contra el Libertador. Es el caso de Jaime Rodríguez, quien señala: “La noche del 30 de julio, Bolívar y otros dos oficiales republicanos arrestaron a Miranda y lo entregaron a los peninsulares” (Citado en Paredes Muñante, 2015, pp. 219-267).

El historiador estadounidense, Jeremy Adelman, ha repetido los mismos cargos contra el Libertador, sin sentir necesidad de demostrarlos: “Cuando el primer gobierno venezolano se desplomó en julio de 1812, y Miranda se preparaba a marcharse, un puñado de jóvenes dirigentes, entre los que se encontraba Simón Bolívar, concibieron entregar a su presidente al comandante español para que se enfrentase a los magistrados del gobierno español” (Adelman, 2010).

En ese sentido se ha pronunciado el historiador venezolano Germán Carrera Damas, autor de una importante obra historiográfica, previa a la revolución bolivariana. Carrera Damas ha afirmado recientemente que Bolívar había “par-

ticipado en una conspiración para entregar al enemigo a su comandante en Jefe, el Generalísimo Francisco de Miranda” (Carrera Damas, 2010, pp. 15-30). Tales criterios no son ajenos a las campañas mediáticas y políticas contra la figura de Bolívar (Straka, 2009).

Se ha escrito mucho de un culto de los historiadores a Bolívar, pero cuando nos acercamos a los estudios sobre su vigencia en la historia venezolana comprobamos que tampoco han faltado detractores y maldicientes motivados por razones políticas presentistas. Recientemente Manuel Hernández González, sin una documentación que avalase sus criterios, ha reiterado esos infundios. La falta de cuidado del historiador canario en los juicios referidos a la conducta del Libertador se puso de manifiesto en la descripción que hizo del arresto de Miranda por unos oficiales patriotas, entre los que se encontraba “el propio Libertador quien en un gesto no precisamente cortés lo había puesto en bandeja” al jefe militar español Domingo de Monteverde (Hernández González, 2012, 2014).

**PRIMERA PARTE:
EL ARRESTO DE
MIRANDA**

I

La rendición del general en jefe del Ejército de la Primera República venezolana, Francisco de Miranda, ante las tropas expedicionarias realistas al mando del Capitán de Fragata, Domingo de Monteverde, devino una victoria inesperada e inmerecida para el jefe español. Cuando Miranda rindió las fuerzas patriotas, superiores a la de sus contendientes y dirigidas por un cuerpo de oficiales más calificado, sin librar un combate decisivo en que fueran derrotadas sus armas, la oficialidad patriota venezolana expresó la más enérgica protesta. Lo más lamentable es que la capitulación de los patriotas tuvo lugar, sin que se entrase en combates con las fuerzas rivales que le dieran un viraje a la situación militar. Miranda tenía 5500 hombres a su mando (11 batallones, una batería de 10 piezas de artillería y dos escuadrones de caballería), mientras que las tropas de Monteverde no pasaban de 1500 hombres cuando se firmó la capitulación. El historiador venezolano Lecuna consideraba que eran 500 hombres bien disciplinados. Presumo que estos fueran de la expedición militar española, y 1000 o 1200 de la población criolla de Coro y otros poblados capturados por las tropas realistas. Las tropas patriotas estaban integradas por milicias de blancos y de pardos, en proporción parecida (Lecuna, 1950, Brice, 1950).

Una cuestión decisiva en cuanto a la capitulación es que Miranda decidió entrar en negociaciones con el enemigo sin consultar a la oficialidad del ejército patriota, lo que suscitó la protesta no solo de Bolívar, sino de otros oficiales incon-

formes con la decisión. La columna de Monteverde logró que distintos poblados se sometiesen a sus armas, pero no pudo alcanzar ninguna victoria destacada en los enfrentamientos que tuvo con el ejército patriota. De hecho, en los cinco últimos combates de importancia fue vencido por las tropas patriotas³.

En Venezuela, Miranda no logró que la oficialidad se entusiasmara con sus conocimientos militares europeos y que cumpliera sus órdenes autoritarias y distantes. Cuando trató de formar un cuerpo de oficiales con militares franceses, la oficialidad criolla comenzó a darle la espalda. Lo más

3. Del expediente y la experiencia militar de Francisco de Miranda se podía esperar cualquier cosa, menos una capitulación ante el enemigo. Durante los diez años que sirvió en el Ejército de la Corona española (1772-1881) adquirió una variada e intensa experiencia. En 1772, a la edad de 22 años, alcanzó el grado de capitán en un regimiento de infantería. Ese año participó en acciones militares en Argelia y en 1778 en la defensa de Melilla. En 1780 tomó parte en el sitio de Pensacola, en la Florida, durante la guerra de independencia de las trece Colonias Inglesas de Norte de América. Estas acciones constituyeron un genuino aprendizaje militar. En el curso de la Revolución Francesa, comandó fuerzas de los Ejércitos del Norte, ascendentes en determinados momentos a cerca de 70000 soldados, aunque parte del tiempo las tropas bajo su mando alcanzaron cerca de 20000 soldados. Miranda combatió bajo las órdenes del General Dumoriez, quien escribió sobre el General venezolano: "es uno de los mejores oficiales generales del ejército francés y es un hombre de espíritu e instruido, conocedor de la guerra teóricamente mejor que ningún otro de los generales." Otro General Brissot, luego de criticar a Dumoriez, escribió que Miranda era superior: "Miranda es el general de la cosa. Él entiende el poder revolucionario, está lleno de espíritu y de conocimientos." (Parra Pérez, 1924, pp. 76 y 77).

El general venezolano participó señaladamente en la decisiva batalla de Valmy, sin tener conciencia entonces de la significación que tendría para la historia de Francia. Miranda dirigió, al frente de sus tropas, el sitio y toma de Antwerp, donde se apoderó de 140 cañones y más de 3 000 fusiles. Dirigió también la toma de Amberes en Bélgica. El papel destacado que desempeñó en el terreno militar le valió que su nombre fuese inscripto en el Arco del Triunfo de París en 1836, entre los de grandes generales franceses. De acuerdo con el estudio del historiador Caracciolo Parra Pérez, sobre Miranda y la Revolución Francesa, éste era "frío y altivo, tenaz, inaccesible hasta la decepción, de una firmeza calculada, se le reprochaba no haber logrado nunca provocar el entusiasmo, que solo conducía a los soldados franceses al cumplimiento de las grandes tareas" (Parra Pérez, 1924, pp. 175 y 184).

lamentable es que entre los oficiales criollos relegados por la oficialidad francesa aupada por el Generalísimo, se encontrasen oficiales de la talla de José Félix Ribas, Francisco de Paula Tinoco, Miguel Carabaño y otros que derrotarían en toda la línea al ejército de Monteverde un año después, durante la Campaña Admirable.

Parra Pérez (1924) describe estos hechos de la siguiente manera:

Rodeado de extranjeros a los que consideraba los únicos capaces de servir bien a la independencia [...] vió bien pronto virarse contra él a la mayor parte de los patriotas, a los que exasperaba su aire desdeñoso y el tono imperativo que había adoptado. Miranda se imponía a la admiración de todos por su alta inteligencia, su dignidad y el vasto alcance de sus conocimientos, pero ignoraba el arte de hacerse querer de sus subalternos (p. 77).

El historiador británico Malcolm Deas (2006) valoró las cualidades de Miranda del siguiente modo:

Miranda era un soldado del viejo régimen, un rígido disciplinario, carente del arte de la atracción y el convencimiento militar, incapaz de adaptarse a las improvisaciones que la nueva escena de Venezuela demandaba. Era un Coriolanus, un hombre que no halagaba a la gente -una cualidad atribuida a los reaccionarios más que a los revolucionarios, pero que entre estos es bastante común. Su carrera militar en Francia muestra que era también valiente, competente técnicamente, conciso en sus órdenes, altivo en las crisis, digno y leal. En fin un verdadero Coriolanus (p. 87).